

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA LIBERAL EN MÉXICO Y FRANCIA

Malik Tahar-Chaouch*
Daniel Carrasco Brihuega**

Resumen

El presente trabajo parte de la constatación de una crisis generalizada de la democracia representativa o por lo menos de motivos para cuestionar sus postulados, realizaciones y modelos actuales, en el contexto del liberalismo. Para dar cuenta de esta crisis, el artículo esboza una comparación entre Francia y México. En Francia, donde las instituciones y la vida democrática han alcanzado un alto grado de consolidación, se experimenta una crisis de sentido o “desencanto democrático” ligado con la globalización liberal, las derivas oligárquicas del campo político y los conflictos tanto sociales como identitarios. En México, después de un largo proceso de liberalización y de transición democrática que desembocó en el cambio político, el escenario actual plantea problemas sociopolíticos que rebasan el marco normativo del enfoque transicional, involucrando tanto los rezagos democráticos como la propia dinámica política de la “democracia” formalmente instaurada. A partir de la observación de las convergencias y diferencias entre ambos países, el texto plantea el imperativo de abrir perspectivas analíticas y políticas, más allá de la democracia.

Palabras clave

México, Francia, Estados, Democracia representativa, Liberalismo, Transición, Racismo

INTRODUCCIÓN

Puede resultar paradójico que, cuando más la democracia se impone como norma del discurso político y cuando más las aspiraciones a la democracia se globalizan, se tenga que constatar una crisis generalizada de la democracia representativa o, por lo menos, la existencia de serios motivos para cuestionar sus postulados, realizaciones y modelos actuales, en el contexto del liberalismo.¹

* Doctor en Sociología por el Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Sorbonne Nouvelle-Paris III. Actualmente, Investigador de Tiempo Completo en el Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana.

** Doctor en Ciencia Política por la Science-Po de Grenoble, Francia. Es Profesor-Investigador en el Instituto Tecnológico de Monterrey, Campus Guadalajara.

¹ No se pretende aquí profundizar en la discusión teórica sobre la relación entre la democracia representativa y el liberalismo; se asume que existe una profunda reciprocidad entre ambos, tanto desde el punto de vista del liberalismo político como del liberalismo económico.

En los territorios históricos donde la democracia parece estar consolidada y donde a menudo se extrae los ejemplos que habría que seguir, se habla de desencanto democrático (Perrineau, 2003). Para Gauchet (2007), aunque la democracia ya no tenga enemigos externos, experimenta una crisis interna de sentido, no menos peligrosa. Sin embargo, para Rosanvallon (2006), la democracia define un proceso histórico en perpetua mutación, un problema constante y una realidad inacabada. Además, pese al recelo creciente de la ciudadanía por la esfera política y las tentaciones populistas que se nutren de ello, no existiría tal desafección ciudadana hacia la democracia y el recelo podría tener matices propiamente democráticos, si fueran la expresión de una exigencia hacia el poder. Estos análisis tienen el propósito de establecer un diagnóstico de la crisis de la democracia, de ubicar las amenazas resultantes, como el populismo, y de pensar las reformas que puedan mejorarla, a través del impulso de formas participativas y deliberativas de democracia, de la renovación del nexo cívico y de una mejor articulación ciudadana con la esfera política, más allá de su dimensión electoral única, pues, para los autores antes mencionados, la democracia liberal define en cierto modo un horizonte político insuperable.

En los contextos periféricos, donde se plantea el reto de la “consolidación democrática”, como en América Latina, la ortodoxia liberal subyacente a ese planteamiento no parece tener ya la capacidad de aportar explicaciones y respuestas satisfactorias a los escenarios sociopolíticos que se alejan de sus promesas. Hasta algunos de los principales estudiosos de la “transición” han tomado relativa distancia de este enfoque (Cansino, 2010). En otras regiones, como en el mundo árabe, la lucha política en contra de los regímenes dictatoriales no parece tampoco encontrar salidas en las incipientes tentativas de democratización, a menudo abortadas y confiscadas, con la excepción precaria de Túnez.

En los distintos contextos nacionales y regionales, existe un sinnúmero de enfoques y estudios empíricos en torno a las cuestiones de política y democracia. Sin embargo, esas cuestiones deben también ser puestas en una perspectiva global. Primero, porque se plantean en un mundo globalizado en el que los procesos históricos y sociopolíticos están interrelacionados. Segundo, porque el hecho de salirse de su propio contexto y de compararlo con otros, aparentemente muy distintos, permite poner en perspectiva las observaciones

realizadas, superando los sesgos locales. El esfuerzo comparativo destacó en la literatura de las transiciones democráticas,² pero para construir un modelo restrictivo de análisis que debe ser ahora desconstruido, dando lugar a otros tipos de acercamiento a esos problemas.

Por todo ello, el presente documento pretende esbozar una comparación entre un “caso central” de democracia teóricamente consolidada y en plena crisis de sentido, el de Francia, y un “caso periférico”, el de México, donde el tema de la transición dominó un tiempo el debate público y los estudios políticos, pero que ahora se halla bastante limitado para dar cuenta de la actualidad sociopolítica. Después de haber ubicado los elementos de la crisis, el artículo tratará de dar cuenta de sus características en Francia y México, así como de las perspectivas que abren.

UNA CRISIS, PERO ¿QUÉ CRISIS?

En primer lugar, cuando se plantea la “crisis de la democracia”, debe examinarse primero qué es exactamente lo que está en crisis. En ambos países, se ha insistido mucho en el tema de la crisis de la representación política y, entre otras cosas, en la mala calidad de esta representación y en su incapacidad para responder a las “demandas ciudadanas”. En ambos países, las críticas se centran en los partidos, las clases políticas y las élites. Existen obviamente diferencias de consolidación de las estructuras partidarias de los dos países, aunque sean tan centrales en México como en Francia. En todo caso, la preocupación por “hacer política fuera de los partidos” está tomando una relativa importancia en los dos contextos. Considerando que los pactos de la transición se centraron en la pluralización del sistema de partidos y la regulación de los procesos electorales, esto resulta más que significativo para México.

En segundo lugar, la crisis involucra a las instituciones. Desde luego, existen también diferencias en este plano. En Francia, la Quinta República logró consolidar una ingeniería política y generar reformas capaces de estabilizar al sistema político y revitalizar la participación democrática; esto se ha visto reflejado en el Estado de derecho y el grado de consolidación cívica. En México,

² Ha sido una constante en esta literatura de O’Donnell (1986) a Peter Smith (2011).

por el contrario, la evolución institucional ha sido mezquina y, hasta cierto punto, fallida y anómala, con crisis recurrentes.

Ahora bien, aun en las condiciones antedichas, el agotamiento institucional es un aspecto de la crisis política en Francia. Durante mucho tiempo se dijo que los franceses estaban desencantados de “su” clase política, pero que seguían identificados con “sus” instituciones. Las percepciones favorables daban fe de su vigor. Hoy se reconoce cada vez más que existe también una crisis del régimen, en particular del semipresidencialismo y de sus derivas tecnocráticas y “absolutistas”,³ lo cual no es nuevo, pero tiene efectos políticos cada vez más evidentes. En México, el tema de las reformas políticas es recurrente en el debate público y las trabas de la transición han sido a menudo relacionadas con problemas del régimen, no suficientemente reformado durante el proceso (Merino, 2003). Además, la crisis de confianza en las instituciones es un dato general de la realidad mexicana, empezando por las instituciones electorales, que gozaron de un gran prestigio —en el momento del cambio político—, para perderlo por completo durante el proceso electoral de 2006.

No obstante, los debates “técnicos” sirven sobre todo para esconder el agotamiento de ciclos políticos más largos que implican al contexto global del liberalismo, las dinámicas de los Estados nacionales y conflictos sociales con raíces históricas profundas. A las políticas de liberalización económica y a sus efectos sociales, se superponen la descomposición del pacto nacional-republicano “integracionista”, en Francia, y la del propio modelo de integración nacional, en México, donde intervienen tanto el factor de los ajustes estructurales como otros que atañen a la conformación de los Estados. Si bien la violencia, el impacto del crimen organizado y la “guerra contra el narcotráfico”, en México, se pueden ver desde muchos ángulos, están estrechamente ligados con esos factores. Este ensayo no pretende abarcar todas esas cuestiones, pues cada una merece amplios desarrollos, pero sí ubicar la crisis de la democracia y, sobre todo, la de la representación política, desde una perspectiva más amplia que las incluya.

Sobre la representación política, tanto en Francia como en México, destaca la percepción bastante generalizada de la uniformización de la oferta política, en la

³ No es de ninguna manera un descubrimiento reciente, ya que François Mitterrand mismo lo había denunciado, antes de ser presidente (1964). Lo nuevo es que lo que benefició mucho tiempo a la estabilidad del sistema político y a la acción del poder ejecutivo se está volviendo un factor más de su crisis.

cual ya no se distingue una diferencia cualitativa, realmente significativa, entre los principales partidos, sino sólo variaciones menores; de ahí juegos de palabras tales como “UMPSFN” o “PRIANPRD”, que asimilan a los partidos en pugna por el poder a una expresión unificada del poder. Esa percepción no es políticamente neutra en ninguno de los dos países, pues, por ejemplo, el consenso liberal de los dos partidos de gobierno, en Francia, ubica la uniformización hacia el lado derecho del campo político y, por tanto, una carencia de diferenciación política ante la derecha. Igualmente, en México, cuando se dice que todos los partidos se valen entre sí, hay que entender que ninguno se diferencia verdaderamente del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

No obstante, esa percepción tampoco se concreta en expresiones políticas unívocas; éstas pueden incluso resultar paradójicas. De tal modo, no hay que centrar el análisis sobre las percepciones, aunque sean hasta cierto punto significativas, sino sobre las realidades que las generan. En este sentido, el problema no radica tanto en “demandas” claramente ubicadas que no serían atendidas o en la calidad de la representación política como tal, sino en las condiciones políticas y sociales de construcción de la oferta política y de la “mayoría”, con sus efectos de identificación y exclusión.

JUEGO POLÍTICO Y MAYORÍA

En su acepción elemental dentro de la teoría democrática, la democracia se define como la participación del mayor número posible de ciudadanos y la elección por mayoría de la representación política que canaliza las “demandas ciudadanas” (Bobbio, 1992). Así, los dos pilares de la democracia o “poliarquía” son el pluralismo de la oferta política que compite por el poder y la representación política como proceso de toma de decisiones (Dahl, 1989). No obstante, ese esquema es una idealización de la realidad, contradicha por la misma realidad, de la cual constituye más bien una validación ideológica. Incluso cuando muestra los límites de las promesas democráticas, termina celebrando sus realizaciones y validando sus postulados fundamentales, pues, en la práctica, la representación es una proyección del poder político, y la “mayoría” una construcción de la oferta política que antecede a las “demandas” (Bourdieu,

2000; Offerlé, 2005). A su vez, la representación articula intereses sociales que condicionan sus expresiones y dinámicas.

Si bien la sanción electoral pone límites a la autonomía oligárquica del campo político, los electores tienen opciones definidas de antemano al interior de éste. La inclusión al campo político supone una selección social y una afiliación a redes de poder con lógicas incorporadas y ampliamente compartidas por sus agentes, por lo que la “mayoría” electoral es, ante todo, el reflejo de lo que ya está políticamente estructurado. Tanto en Francia como en México, se vota a menudo por el “menos peor”. De hecho, en ambos contextos, la abstención llega a ser considerable en algunos escrutinios.⁴ Aun así, el relativo desprestigio de los partidos dominantes no suele beneficiar perenemente a otros partidos, con la excepción notable del Frente Nacional (FN) en Francia, como veremos más adelante. Es posible explicar esto por las condiciones desiguales de la competencia.

Las reglas instituidas, las burocracias estatales y partidarias, la promoción mediática y la distribución de los recursos son factores centrales, que determinan las condiciones de inclusión y las relaciones de fuerza. Los partidos minoritarios ya pueden ser cooptados a cambio de beneficios compartidos y alianzas provechosas. En el caso contrario, tienden a ser marginados. A la vez, se impone un “sentido común” de la realidad a través de debates públicos, sondeos y otros mecanismos de producción de la “mayoría” pretendidamente reflejada. Y no es tanto un problema de opciones —éstas se pueden multiplicar inútilmente hasta el infinito—, sino más bien de dinámica política. En general, el “juego político” —tal como está constituido— no favorece a las alternativas: ni adentro, ni afuera. Es un efecto de las condiciones estructurales y políticas, que se imponen con el juego y para el juego, y obviamente de las dificultades y carencia de respuestas. Las rutinas y sus efectos de realismo benefician a la reproducción, incluso en medio del desencanto.

⁴ En las últimas elecciones municipales y europeas en Francia, ambas en 2014, la abstención llegó, respectivamente, a 36,45% (en primera vuelta) y 37,87% (en segunda vuelta), y 56,5%. Obviamente, el tipo de escrutinio es determinante, ya que la elección europea no suele movilizar a los electores. Para la Quinta república, la abstención de 2014, en una elección municipal, constituyó un record histórico. En cuanto a México, las cifras de abstención suelen ser altas en elecciones municipales y más bajas en las elecciones presidenciales, aun así se ubican por encima del 30%.

Desde esta óptica, incluso sin prácticas de acarreo y cooptación del voto, aun cuando no exista fraude, la “mayoría” electoral es producto de una imposición. La misma idea de “mayoría” es una imposición, ya que no existe “mayoría en sí”, indiscriminadamente, sin conflictos ni luchas sociales. Cuando en la elección presidencial de 2012, en México, la protesta se concentró en el tema de la “imposición” —y no tanto del “fraude”, como en 2006—, se refería específicamente a la imposición del PRI a través de diferentes factores, entre los cuales el factor mediático estuvo en el centro de atención. Al mismo tiempo, el tema de la “imposición” implicaba una descalificación a todos los partidos políticos, al “juego político” como tal —algunos decían “simulacro”, refiriéndose al conjunto mediático-político— que había terminado en el regreso del PRI, partido del cual básicamente no había mucho, incluso nada, que esperar. Así es la “imposición”, tanto en México como en Francia: es un conjunto, y ese conjunto termina casi siempre beneficiando a su expresión más reaccionaria y conservadora.

MAYORÍA Y PUEBLO

En Francia, el caso del FN —a menudo definido como un partido “nacional-populista” de extrema-derecha—⁵ lo ilustra muy bien. Aunque el FN tenga características propias, ubicadas en el contexto francés y en la trayectoria de las extremas derechas francesas, es también la expresión francesa de un fenómeno europeo, ya que ese tipo de partidos prospera en otros países del continente. Se suele oponer la “tentación populista” representada por ese partido a las “virtudes democráticas” del liberalismo o, desde una óptica inversa, su carácter “antisistema” o “contrahegemónico” ante las oligarquías políticas francesas. En realidad, son polos de una misma dinámica de conjunto. La clausura oligárquica

⁵ Resulta interesante observar que la apelación “nacional-populista”, muy presente en la literatura latinoamericanista, tenga ahora esa resonancia en el caso francés y europeo, donde históricamente se distinguía entre “fascismos” y “extremas derechas conservadoras”. En este texto, optamos por el término “nacional-racismo” que no es de uso común en la literatura académica, pero pone énfasis en el rasgo altamente racista del nacionalismo de la extrema derecha francesa y, en particular, del FN. A su vez, el término “liberal-racismo” destaca la estrecha solidaridad entre el racismo institucional y el liberalismo, dentro de las políticas hegemónicas en Francia, ya que remiten a una violencia social y simbólica que involucra al *continuum* colonial en el trato de las inmigraciones “postcoloniales”, inseparable de la violencia social ejercida sobre los medios populares.

del campo político y el orden social, consolidado por las mismas oligarquías, han favorecido el ascenso del FN, como una reacción a esa dinámica y una expresión de la misma.

Se suele decir que las orientaciones racistas de esas políticas se deben a la “lepenización de los espíritus” (en referencia al líder histórico del FN, Jean-Marie Le Pen). Se debe más bien considerar las cosas al revés: la extrema derecha prosperó en el contexto de las políticas liberal-racistas de las últimas décadas, lo que incluye a la izquierda, ya que el Partido Socialista (PS) desarrolló a la vez un republicanismo paternalista y un antirracismo moral, destinado en gran parte a desactivar las luchas de la inmigración,⁶ a la par que implementaba políticas liberales. No hay que sorprenderse entonces de que, después de décadas de vana satanización del FN en beneficio del “pacto republicano” entre izquierda y derecha, el mismo FN vaya normalizando su presencia dentro del sistema político y se beneficie cada vez más de las complicidades mediáticas, hasta volverse, finalmente, parte de la “familia política”, de las “élites”. La mejor prueba de ello es la multiplicación de los intelectuales mediáticos, que contribuyen a banalizar sus planteamientos.

La historia del ascenso del FN no fue lineal. Profundamente anticomunista y favorable al thatcherismo en sus inicios, su discurso dio progresivamente un giro “antiliberal” para cooptar el voto popular, cruzándose en el camino con el partido socialista que venía de regreso.⁷ Si bien la abstención supera la cantidad de votos a favor del FN dentro de los sectores populares, su estrategia tuvo

⁶ En los años de 1980, luego de su llegada al poder en 1981, el partido socialista no perdió tiempo en deslegitimar las huelgas de trabajadores inmigrantes, declarándolas “extranjeras a la realidad francesa” y asociándolas a la revolución iraní. En la misma época, se dedicó a neutralizar las marchas y luchas de los “jóvenes árabes”, imponiendo sus propias estructuras de supervisión política, con base a un clientelismo político descarado; el mismo que suele operar en los medios obreros y barrios populares. Se ha dicho que el PS había sustituido el tema del antirracismo por el de la lucha de clases, desviando la atención de sus políticas liberales hacia problemáticas étnicas para dividir los medios populares. En realidad, se dedicó simultáneamente a desactivar las luchas antirracistas y sociales, imponiendo un modelo integracionista (o republicano) y liberal. La represión de las huelgas de trabajadores inmigrantes, lejos de validar la contradicción entre la “cuestión racial” y la “cuestión social”, indica cómo estaban ya estrechamente ligadas.

⁷ El FN, de “tradición antisemita”, acaba también de dar un giro sionista, congruente con su énfasis islamófobo y la predominancia de las tendencias identitarias en la extrema derecha francesa, y con las extremas derechas europeas, lo cual ha provocado la desolidarización del grupúsculo de Alain Soral y la creación muy reciente del partido “Reconciliación Nacional”, con matices antisemitas.

bastante éxito;⁸ ello explica por qué la izquierda terminó pagando el precio de una estrategia que, en un primer momento, la benefició. Obviamente ese giro quedó subordinado a sus temas fundamentales.⁹

Las solidaridades nacionales, tal como las concibe el FN,¹⁰ definen un ideal de unidad y de reconstrucción de la identidad nacional, en medio de la crisis social, en contra de la mundialización y de la inmigración. Al tiempo que se opone el “pueblo” a las “élites”, los de “abajo” a los de “arriba”, esas solidaridades describen un movimiento integrador y vertical que privilegia los intereses del empresariado nacional y de las clases medias sobre las clases populares; de los trabajadores sobre los más desprotegidos y de los “franceses de cuna” ante los descendientes de la inmigración postcolonial, la cual —a pesar de ser el blanco— no escapa tampoco del todo a su poder de atracción.

El partido tomó su impulso en grupúsculos activos de extrema derecha, históricamente ligados —como su líder— con el “*poujadisme*”¹¹ y el militantismo a favor de la defensa del imperio colonial y de la “Argelia francesa” en los años 1950 y 1960, pero también se impulsó con medios católicos “legitimistas”, el revisionismo antisemita y otras tendencias nacionalistas de la extrema derecha francesa. Su mayor éxito fue lograr la unificación de esas tendencias heteróclitas, aunque el FN no es la única expresión política de extrema derecha en el país. Hay que decir, además, que el FN encontró el “momento político” preciso y las preocupaciones transversales de amplios sectores de la sociedad francesa en los años de 1980, cuando se impuso un modo liberal-racista de gobierno en la

⁸ En las elecciones europeas de 2014, donde el FN fue mayoritario en votación (lo que se debe en parte al sentimiento antieuropeo y expresa una progresión electoral que lo trasciende), el voto obrero a su favor alcanzó 43%, mientras que el PS sólo alcanzó el 8%. El FN Arrasó en “feudos” tradicionales de la izquierda, en particular en las zonas obreras del norte del país. Véase, por ejemplo, la edición de *Le Monde* correspondiente al 25 de mayo de 2014: http://www.lemonde.fr/politique/article/2014/05/25/le-fn-obtient-ses-meilleurs-scores-chez-les-jeunes-et-les-ouvriers_4425625_823448.html

⁹ René Monzat (2004) ha sido uno de los analistas de la extrema derecha francesa y del FN que ha dado cuenta con mayor profundidad del giro antiliberal del partido y de su contexto ideológico, político y social.

¹⁰ Entre los numerosos trabajos, documentos y debates sobre el FN, se puede también contrastar el trabajo de campo de Bizeul (2003) con el análisis macrosocial de Lecœur (2003).

¹¹ Movimiento político y sindical de clase media y con tintes reaccionarios, en Francia, durante la década de 1950.

trayectoria de la contrarrevolución colonial, iniciada durante el gaullismo (Khiari, 2009).¹²

Las élites francesas suelen atribuir el racismo a un “sentimiento popular” provocado por la crisis social. Asimismo, se niega a veces el carácter “racista” del voto popular a favor del FN, ya que sería ante todo la expresión de un rechazo a las élites, de una protesta social y de una necesidad de identidad colectiva. Se tendría más bien que definir el racismo como un fenómeno estructural de la sociedad francesa, lo cual implica al Estado-Nación y al expansionismo liberal, por lo que se relaciona con privilegios así ubicados —burgueses y raciales—¹³ que se amplían a las clases populares y, entre identificaciones y contradicciones, definen dinámicas propias en ellas. Atribuir el racismo a las clases populares o negar el carácter racista del voto popular a favor del FN son dos formas complementarias de evadir el problema del racismo estructural, tan inseparable del poder como difuso en la sociedad.

Por un lado, el racismo no proviene de las clases populares; el FN no tomó primero su impulso electoral en ellas, ni tiene el monopolio del racismo. Por otro lado, la expresión del descontento popular en el voto a favor del FN tiene indudables matices racistas y nacionalistas.¹⁴ Así, al mismo tiempo que defienden sus privilegios raciales, las clases populares terminan respaldando su propia dominación social y política, pues el “antiliberalismo” del FN es la fachada de una ideología nacional-racista que constituye una modalidad del sistema vigente. Si se observa cómo los alcaldes del partido gestionan sus ciudades, bien podría esperarse una radicalización de las políticas racistas y antisociales del sistema, en un marco ultranacionalista y en medio de bastante corrupción e incompetencia. El “pueblo” dentro del populismo no es la subversión del orden social; el

¹² No hay que olvidar que la Quinta República nace de un “golpe de Estado” disfrazado después de legalidad democrática, en Argel, en mayo de 1958, durante la guerra de liberación nacional en contra del colonialismo francés en Argelia.

¹³ La palabra “racial” no remite obviamente a “razas biológicas”, sino a “razas sociales” o a “condiciones raciales”, históricamente producidas, que definen relaciones sociales y sistemas de dominación y de privilegios con una base material y distintas dimensiones involucradas: económicas, políticas, culturales y normativas.

¹⁴ El 88% de los electores del FN mencionan la inmigración como su primera preocupación. Véase *Le Sondage Jour du Vote: profil des électeurs et clefs du scrutin européen —Elections européennes—*. IFOP, 25 mai 2014. http://sitamnesty.files.wordpress.com/2014/05/sondage_ifop_jour_vote_profil_electeurs_elections_europeennes25mai2014.pdf

“pueblo” es el espejo invertido de la “mayoría” construida dentro del orden político.

Durante el ascenso del FN, el Partido Socialista, de izquierda, y la Unión de la Mayoría Presidencial (UMP), de derecha, llegaron al poder, cada vez más, por un efecto pendular de rechazo al otro, es decir, por *default*. La “derechización” progresiva del PS —que de “socialdemócrata” pasó a convertirse en “social-liberal”— le fue restando apoyos, por oleadas sucesivas, en distintos sectores de la población, esto creó un sentido de realidad favorable a la derecha y a la extrema derecha, así como una mayor porosidad entre los electorados. La “derechización” del PS se relaciona con el propio modelo de la socialdemocracia, fatalmente empujado hacia la derecha por su compromiso sistémico con el liberalismo y las reciprocidades sociales entre élites políticas y económicas que se construyen en este sentido.

Sigue habiendo un sector del partido que defiende una “línea de izquierda”, pero al final se ubica en la misma dinámica de conjunto y termina siendo la coartada del “realismo” y pragmatismo que predomina en el partido. Aunque muy debilitado, el clivaje izquierda/derecha¹⁵ puede aún funcionar a favor del PS, por un efecto pavloviano de rechazo a la derecha, pero —así como el “pacto republicano” fue caducando— ese reflejo ya casi no tiene soporte. Aun así, la UMP ha tenido sus propios escenarios de crisis y el debilitamiento del clivaje izquierda/derecha ha terminado por perjudicarlo también, debido a una crisis de sentido cuyos efectos repercuten en todo el campo político.

Así es como el FN fue aprovechándose del agotamiento de los dos partidos de gobierno, cada vez menos distinguibles y ante los cuales floreció como la “voz disonante”.¹⁶ No obstante, si bien se encuentra cada vez más normalizada dentro del sistema político, la extrema derecha sigue generando rechazo y temor. Por primera vez, en las últimas elecciones el FN logró la mayor votación de su

¹⁵ El “clivaje derecha/izquierda” es operante en muchos contextos políticos, donde implica distintos intereses, contenidos y categorías, según los contextos. En Francia, la oposición entre propietarios y trabajadores, jerarquía e igualdad ha sido, entre otras cosas, históricamente constitutiva de ese clivaje. La izquierda francesa fue también caracterizada por su anticlericalismo, lo cual ha desembocado en un sentimiento antirreligioso que, en el contexto de la inmigración postcolonial y de la presencia islámica en el suelo francés, puede tomar rasgos muy reactivos, basados en la defensa “progresista” y “emancipatoria” de prejuicios “civilizatorios” y de privilegios en este sentido, con una alta carga de violencia simbólica.

¹⁶ Es el punto de vista de Eric Fassin (2014), quien ve un factor central del progreso del FN en las renuncias de la izquierda ante la cuestión social y racial, y en el debilitamiento del clivaje izquierda/derecha.

historia,¹⁷ pero sigue siendo minoritario y aún enfrenta una fuerte oposición. El agotamiento de la alternancia liberal-racista debilita la respuesta electoral, haciendo menos improbable un desenlace político favorable al FN, aunque sería sin duda polarizadora y tendría efectos imprevisibles, pues el rechazo a ese partido trasciende el “juego político”. Sin embargo, hasta ahora el nacional-racismo había contribuido a sostener la alternancia entre PS y UMP en detrimento de eventuales alternativas, lo que al parecer no durará eternamente y anuncia, por cierto, una crisis política mayor. Muchos escenarios son posibles, tanto de recomposiciones políticas como de contradinámicas.

En síntesis, la “mayoría” no es inmanente a una realidad sociológica, ni prueba a favor de la representación política: es el resultado de las propias dinámicas del campo político y de las percepciones que impone sobre las divisiones sociales. Tampoco es una mera construcción del campo político, ya que se identifica —incluso paradójicamente— con intereses sociales incorporados y articulados dentro del campo político, y esta es también la condición de posibilidad de sus configuraciones y efectos políticos.¹⁸ La figura del “pueblo” en el FN se ubica en la continuidad de esa hegemonía, que es incluso su peor expresión, pero como una reacción hacia las élites políticas, propiciada en esos términos por la misma dinámica política.

LA FRACTURA RACIAL¹⁹

El liberal-racismo y el nacional-racismo involucran el problema fundamental del racismo estructural, activado por ellos para sus fines respectivos, contenido en ellos y condición de posibilidad de ambos, eje central de la hegemonía. Al tiempo que se ha impuesto un enfoque racial y civilizatorio, con sus dispositivos

¹⁷ En las últimas elecciones europeas de 2014, el FN ganó en muchas circunscripciones —con un escrutinio de tipo proporcional que lo favorecía—, alcanzando una votación de casi 25% a nivel nacional, frente a la UMP, que obtuvo 20,80% y el PS, que alcanzó 13,98%, siendo este último el partido en el gobierno.

¹⁸ En su análisis del campo político, por ejemplo en el texto ya mencionado, Bourdieu (2000) define el campo político como un juego en el cual lo que se juega es la imposición legítima de principios de visión y de división del mundo social, lo que implica luchas corporativas para imponer un sentido común. Por lo tanto, el campo político no es un espacio de reproducción mecánica de las divisiones del espacio macrosocial, aunque obviamente tampoco escape a condicionamientos macrosociales. En este sentido, una articulación entre los conceptos de campo político y de hegemonía puede resultar fértil.

¹⁹ La “fractura racial” es entendida como el producto del racismo estructural en la forma como estructura las relaciones sociales, como sistema de dominación y de jerarquización.

jurídicos y policíacos en torno a temas relacionados con la inmigración postcolonial (la invasión migratoria, la integración, la delincuencia, el Islam, etc.), efectivamente en detrimento del conflicto social, se ha encubierto la profundidad propia de la dominación racial y del *continuum* colonial en el conflicto social. Lo anterior se ha manifestado de forma distinta en el FN, la Doga republicana e incluso la izquierda radical. Si el racismo se potencia políticamente, es porque define privilegios sociales. Las percepciones políticas contribuyen tanto a consolidar esos privilegios como a ocultarlos.²⁰

Así es como para la izquierda antiliberal, invadida además por elementos populistas y republicanos, la fractura racial es tan sólo un obstáculo en el camino de la “unidad popular” o para la lucha de clases, una consecuencia de la crisis social y de la manipulación política del FN y de algunas élites políticas, pero, en la práctica, el racismo popular no se diluye en ninguno de sus incipientes intentos de generar “alternativas sociales”, ni logra superarse en su antirracismo moral. El patriotismo popular trasciende el “antiliberalismo”. La fractura racial es entonces un eje central del conflicto social, de la contra-hegemonía política y de la construcción de alternativas populares, lo cual rebasa las categorías clásicas de izquierda y sus propios compromisos con la hegemonía blanca. De hecho, esa cuestión debe ponerse en perspectiva histórica, ya que remite a la génesis colonial y esclavista del expansionismo occidental y del capitalismo, con sus efectos de poder hacia afuera y hacia adentro.

En Francia, la “salud democrática” ha dependido en gran parte del efecto estructurante del clivaje entre derecha e izquierda y de la aceptación común del marco liberal. La democracia así concebida era viable, porque su legitimidad era aceptada por los principales agentes políticos ante cualquier otra consideración y porque dentro de ese acuerdo tácito aún había espacios para la confrontación e identificación política e ideológica, por lo menos hasta cierto punto. Con el debilitamiento del clivaje y el progreso de los consensos básicos, la democracia ha ido perdiendo sentido. No obstante, ninguna restauración es posible: ese resultado estaba ya contenido en la opción fundamental del liberalismo; es la realización de su contradicción constitutiva.

²⁰ Sobre este tema discutido desde hace décadas en Estados Unidos y que sigue siendo profano en Francia, Sadri Khiari publicó un libro precursor, en 2006. Se puede también consultar esta entrevista: <http://www.contretemps.eu/interviews/mouvements-decoloniaux-entretien-sadri-khiari>

En respuesta a esa descomposición, se ha dicho que el clivaje izquierda/derecha ha sido rebasado por la alternativa transversal entre populismo y liberalismo, lo cual resulta ser una quimera cómoda a favor del insostenible *statu quo*. Se puede traducir así: ya que el populismo es “muy malo”, defendamos el orden putrefacto que lo generó. Pero, tal como el populismo radicaliza las aspiraciones igualitarias del ideal democrático,²¹ en detrimento del orden democrático formal, sus propias paradojas son el reflejo de los espejismos de la democracia liberal, en condiciones de asimetrías sociales y políticas, donde “pluralismo” y “libertad formal” terminan siendo artificios de la hegemonía y donde prospera el populismo. En el contexto de racismo estructural de la sociedad francesa, la dinámica política favoreció el desarrollo de un populismo de extrema-derecha. De hecho, en Europa, ese tipo de populismos suele prosperar, como los fascismos de los años de 1920 y 1930, ya que el enfoque es hegemónico. Así pues, el nacional-racismo del FN es el monstruo del liberal-racismo que ha predominado, en Francia, durante décadas.

Ante esa falsa disyuntiva, el problema radica más bien en el vacío de alternativas dejado por la izquierda, producto tanto de sus adaptaciones sucesivas al liberalismo como de su crisis histórica. La posibilidad de una contra-hegemonía plantea retos sociopolíticos que superan los viejos términos de la oposición entre izquierda y derecha en torno a la cuestión social, remitiendo a la cuestión racial como eje integrador del conflicto social más allá de la perspectiva nacional. La transformación concreta de las relaciones sociales trasciende necesariamente el “juego democrático” tal como está constituido. Pues no se trata sólo de generar algunas formas de participación e inclusión en las condiciones imperantes para perpetuarlas, sino de cambiarlas. A la inversa, superar el simulacro democrático y sus efectos de desposesión parte forzosamente de la construcción de agencias contra-hegemónicas y de otra mayoría, desde las “minorías” excluidas de su gestación. Es así como la crisis de la democracia no es el fin de la política, sino el inicio de la política, es decir, una oportunidad de empoderamiento político más allá de los principios liberales de la representación e incluso del “ciudadanismo reformador” de los analistas del desencanto democrático.

²¹ En *La Razón populista* (2005), Ernesto Laclau desarrolla un análisis que va en este sentido, ya que lo define como un modelo capaz de ampliar las bases democráticas de una sociedad.

LA “DEMOCRACIA TRANSICIONAL”

Cuando se aborda el problema de la democracia en México, se suele atender prioritariamente los avances democráticos en relación con el pasado autoritario y la distancia que aún perdura entre los países donde la democracia se encuentra consolidada. Es lo propio del enfoque de la transición y consolidación democrática (O’Donnell, 1986; Becerra, Woldenberg y Salazar, 2000; Guilhot y Schmitter, 2000; Cansino, 2000). Se trata de un enfoque normativo, lineal y teleológico, basado en la descripción de condiciones, procesos y estrategias para alcanzar la democracia, así como en la alternativa binaria entre autoritarismo y democracia. Las circunstancias históricas en las que surgieron las tentativas de democratización y los retos planteados por los escenarios políticos están de antemano sujetos a sus fines y postulados liberales. Si bien no existe tampoco un cuerpo teórico y analítico homogéneo, existe sin duda un “paradigma de las transiciones”, con sus variaciones internas: desde las más reduccionistas, donde la democratización y la democracia se restringen a fases preestablecidas y formalidades procedimentales e institucionales, hasta otras —más problematizadoras de los factores espacio-tiempo, retos sociopolíticos y condiciones de la democracia— que asumen de todas formas sus premisas fundamentales. Hoy, demasiadas anomalías empíricas obligan a superar ese paradigma.

Considerando los efectos de la liberalización en México y, encima, la crisis de la democracia en los países que sirven de modelo o, por lo menos, de inspiración para los procesos de democratización, la perspectiva cambia radicalmente. Ya no se trata tanto de ubicar avances y rezagos, sino de analizar cómo se combinan las continuidades del sistema político con las lógicas típicas del liberalismo en ese contexto. Si bien se puede ubicar “diferencias” entre las dinámicas y sistemas políticos, éstas no definen ya distancias que habría que recortar sino expresiones agudizadas de los espejismos del liberalismo en condiciones periféricas o la perpetuación de esas condiciones en el proceso de liberalización. Las “diferencias” no se superan en el proceso y las “equivalencias” —entre las cuales está la corrupción— se agudizan en esas condiciones. Si en los tiempos de la llamada “transición”, el problema podía aún plantearse como alternativa entre el

autoritarismo y la democracia, la nueva dinámica rebasa esos términos, definiendo escenarios de cambio, reproducción y descomposición sociopolítica.

Si bien el contexto mexicano tiene rasgos específicos que subsisten al interior del proceso, la dinámica involucra también dimensiones comunes a todas las democracias liberales. El tema de la “imposición”, tal como lo asumió el movimiento #YoSoy132, traduce perfectamente esas ambivalencias, implicando y sobrepasando la cuestión electoral. Por un lado, se formularon críticas que podrían hacerse a cualquier democracia liberal, ya que se resaltaron las condiciones desiguales del proceso electoral y la forma en que el dispositivo político-mediático construyó la “mayoría”. Aunque siga habiendo efectos de censura, el asunto no se plantea ya principalmente en términos de censura/libertad de expresión, sino en términos de “sociedad del espectáculo”, que otorga un papel central a los medios, aunque inseparable de la dinámica de conjunto, donde el dispositivo toma rasgos propios. Por otro lado, las prácticas de coacción del voto y las lógicas mafiosas del sistema político singularizaron el caso, acentuando el efecto de imposición; en las democracias “consolidadas”, los procesos electorales no dan lugar a tantas dudas y desconfianza, aunque políticamente pudieran tener escasos efectos.

Ya que la transición mexicana, las reformas y los pactos políticos se centraron en la pluralización partidista y en la regulación de los procesos electorales, esa ambivalencia puede observarse propiamente en dicha clausura y sus consecuencias. En efecto, en un sistema político caracterizado por la hegemonía del PRI y la simulación de elecciones arregladas, el gran logro de la transición había sido permitir que diferentes partidos compitieran en elecciones relativamente abiertas, si bien nunca dejó de haber protestas postelectorales en numerosos escrutinios locales, que desembocaron en la consolidación de la oposición partidaria, la mayor diferenciación del voto y el cambio político.

Sin embargo, la pluralización resultó ser un espejismo, ya que los agentes políticos provenientes del periodo nacional-revolucionario, las mismas redes de poder y sobre todo las mismas prácticas sobrepasaron la diferenciación partidista. La superación del PRI hegemónico no terminó con las lógicas clientelares del sistema político. Como se vio en Francia, la propia lógica liberal tiende a la reproducción y uniformización oligárquica de las élites, a la clausura del campo político y a la homogeneización de la oferta política (Offerlé, 2005), incluso en

este caso con una reproducción social bastante estricta de las élites. En México, la homogenización toma rasgos propios y hasta mafiosos (Escalante, 1999), donde las camarillas y redes informales de poder rebasan las estructuras formales, como partidos e instituciones (Camp, 2006; Hernández Rodríguez, 1998). Por otro lado, la debilidad de la sociedad civil y de la participación ciudadana en un contexto de vulnerabilidad social agrava las dinámicas autorreferenciales del campo político y contribuye a la poca consolidación del Estado de derecho.

El proceso se ubica, al mismo tiempo, en la trayectoria de la crisis y destructuración progresiva del Estado corporativo, a través de las políticas de liberalización, las cuales establecieron nuevas relaciones entre élites económicas y políticas y fueron un factor central a favor de la pluralización de la oferta política. En efecto, el cambio de modelo económico antecedió a la democratización. Si bien el sistema político mexicano se había caracterizado por una relativa disyunción entre élites políticas y económicas (Smith, 1979; Adler-Lomnitz y Pérez Lizaur, 1993), la liberalización reconfiguró sus relaciones, abriendo el campo político a actores empresariales e impulsando la “tecnocratización” de las élites (Lindau, 1992). La desestructuración del Estado corporativo y la liberalización política desembocaron también en la redefinición de las luchas sociales y en el surgimiento de nuevos actores sociales que tomaron protagonismo político (Sánchez Aguilar, 1999). Lo anterior provocó tensiones y recomposiciones al interior del PRI, y contribuyó al desarrollo de la oposición política, a través de la diferenciación de las élites nacional-revolucionarias, de la consolidación de las oposiciones históricas y de la emergencia de nuevas redes y actores políticos, tanto desde la perspectiva de sus modos de reclutamiento como de sus tipologías.²²

Por un lado, se puede afirmar que el viejo régimen, basado en los tres pilares del hiper-presidencialismo, de la hegemonía del PRI y de sus bases corporativas, terminó. El centro de gravedad del sistema político se desplazó hacia los gobiernos estatales y los partidos, contribuyendo también al fortalecimiento de nuevos poderes fácticos. Por otro lado, el proceso se acompañó de recomposiciones corporativas y de la perpetuación de las prácticas clientelares.

²² El trabajo de Roderic Camp, ya mencionado, y otros del mismo autor son los más completos y exhaustivos sobre los modos de reclutamiento y tipologías de las élites políticas mexicanas.

En este sentido, más que la reproducción estricta de lo mismo, se configuran relaciones complejas de codependencia y pugna, subordinación y transferencias entre los distintos tipos de actores políticos, las redes de poder político y otras redes de poder y, en particular, entre las lógicas empresariales y políticas. En este contexto, las redes de corrupción son, a la vez, un límite a la liberalización y un producto de su dinámica, que rebasa las tentativas de reforma institucional.

Por lo tanto, el proceso se puede ver desde dos ángulos: como la adaptación de las lógicas clientelares a las condiciones de la liberalización impulsada en la trayectoria de esas lógicas que la desbordan y se generalizan, o como una tendencia de la mutación liberal, con sus dinámicas específicas y sus adecuaciones a las lógicas políticas operantes, cuestión que singulariza el proceso mexicano. Se puede subrayar las recomposiciones y continuidades del sistema político en el contexto de la liberalización. Se puede también enfatizar las consecuencias y características de la liberalización en la trayectoria del sistema político mexicano. Se puede pensar que, detrás de la fachada democrática, la misma “dictadura” sigue vigente, y la mejor prueba de ello sería el regreso del PRI al poder federal; hecho que podría perpetuarse, aunque en condiciones distintas. Se puede también considerar que el viejo régimen está realmente detrás y que se experimenta la agudización de las tendencias oligárquicas de la democracia liberal en las condiciones sociopolíticas de México, donde el regreso del PRI —más que una regresión— es el producto y la normalización de esa dinámica de conjunto, ya que siguió siendo una pieza-clave del sistema político.

Desde esta óptica, no tiene mucho sentido contrastar lo viejo con lo nuevo. Ante el movimiento magisterial de 2013, voces —incluso de izquierda— se levantaron para denunciar una supervivencia extemporánea del pasado corporativo, ante los imperativos de la modernización liberal.²³ Sectores de las clases medias capitalinas llegaron incluso a quejarse de las molestias causadas por las protestas y apoyaron que fuesen reprimidas conforme a una semántica racista e “higienista” con matices modernos. En este sentido, la propia violencia de la

²³ Fue el caso en particular de R. Bartra (2013), quien en *Insurgencias incongruentes*, y con base en un esquema binario de análisis, termina dándole una legitimidad ideológica al pragmatismo clientelar de lo que él llama el “ala reformista” del Partido de la Revolución Democrática (PRD), así como al proceso de liberalización, por lo menos en este caso. Obviamente otros intelectuales mexicanos tomaron posiciones muy distintas. Véase: <http://www.izquierdareaccionaria.com/2013/09/roger-bartra-insurgencias-incongruentes/>

liberalización moviliza las lógicas clientelares del sistema político, generando nuevas exclusiones entre los que habían sido clientelas del Estado corporativo.

Los grupos sociales y políticos identificados con la “nueva era democrática” pueden llegar paradójicamente a respaldar esa dinámica o, en su defecto, conservar las ilusiones ideológicas que la nutren. En contraparte, incluso reaccionando ante la desestructuración del Estado corporativo, los excluidos entran en disidencia tanto con la liberalización como con sus agentes corporativos. La nueva hegemonía combina los hábitos represivos y la dominación del Estado con su reestructuración liberal, retiro social y redespliegue policiaco-militar en el escenario de la “guerra contra el narcotráfico”, donde la violencia criminal surge de la marginalidad social, de las redes de corrupción, del propio dispositivo y de sus objetivos políticos.

Y si bien existen distintos posicionamientos partidarios al interior de ese proceso, todos, de una forma u otra, se ubican en su dinámica. El PRI, ya involucrado en políticas de liberalización, no tuvo problema en ceder el poder al Partido Acción Nacional (PAN), que no amenazaba con ruptura alguna, y el PAN tampoco tuvo ningún problema en devolvérselo, ya que el PRI representaba la continuidad liberal y “democrática”. No resulta imposible que el PRD pueda ahora alcanzar el poder, después de haberse “limpiado” de sus elementos “populistas”. Esa autodenominada “socialdemocracia” combina su conversión definitiva al liberalismo con la adaptación lograda al pragmatismo clientelar de las élites políticas. Su “modernidad” es la máscara de esa adaptación, al tiempo que la expresión de su conversión liberal y de sus modalidades en el contexto mexicano. La propia izquierda calificada de “populista” —“anti-élites” y “antiliberal”— no implica ninguna ruptura con el proceso, sino más bien otra forma de articular las herencias nacional-revolucionarias y el liberalismo, con un enfoque más desarrollista y el combate proclamado a las “mafias del poder”.

En síntesis, más que a una transición hacia la democracia de la cual habría todavía que esperar las mieles prometidas, el caso mexicano remite más bien a un tipo de democracia —la “democracia transicional”— que combina elementos de liberalización con continuidades del sistema político, encerrado en esta contradicción constitutiva que define dinámicas y modos “funcionales” ya propios de ella.

A MODO DE CONCLUSIÓN: MÁS ALLÁ DE LA DEMOCRACIA

En el esquema liberal, Francia gozaría de un estado democrático envidiable y México estaría en el camino de la democratización, tratando de recortar la distancia que lo separa de las democracias consolidadas. La comparación da más bien cuenta de una crisis global e incluso de un agotamiento político de la democracia liberal que se manifiesta de forma distinta en Francia y en México, debido a sus condiciones históricas y posiciones respectivas en el proceso global.

Al inicio de este texto, hemos indicado que podía resultar paradójico evocar la “crisis de la democracia”, cuando más se impone la democracia como norma del discurso político y cuando más se globalizan las aspiraciones a la democracia. Pero esa misma globalización de la “democracia liberal”, como norma exclusiva de la emancipación política, tiene efectos paradójicos, más o menos agudos según los contextos. Por lo tanto, los horizontes analíticos y políticos quedan abiertos, porque los problemas sociopolíticos planteados no se agotan en el fetichismo democrático, ni las aspiraciones democráticas en el liberalismo, con su correlato ciudadano y su espejo populista.

Finalmente, profundizando en las condiciones sociales de la crisis democrática, se llega a un punto de quiebre que obliga a invertir radicalmente la perspectiva, desde los centros hacia las periferias y desde las “ofertas de modernización” hacia las resistencias. Es así como en Francia, al igual que en otros países europeos, surge la cuestión de la fractura racial en un contexto de crisis social, política e identitaria, que puede culminar en proyectos reactivos o propiciar dinámicas contra-hegemónicas ante el poder constituido, desplazando la mirada hacia las periferias internas. Es así también como, en México, los efectos paradójicos de la “modernización liberal” impuesta desde afuera, en condiciones y con agencias internas ya conformadas por el pasado colonial y sus continuidades postcoloniales, obligan con más razón a ver el problema desde el ángulo de los excluidos.

REFERENCIAS

- ADLER-LOMNITZ, L., PÉREZ LIZUR, M. (1993). *Una familia de la elite mexicana. Parentesco, clase y cultura, 1820-1980*. México: Alianza Editorial.

- AGUILAR SÁNCHEZ, M. (2009). *Movimientos sociales y democracia en México (1982-1998)*. Una perspectiva regional. México: Universidad Veracruzana (UV)-Porrúa.
- BARTRA, R. (2013). Insurgencias incongruentes. En *La izquierda reaccionaria*. Recuperado de <http://www.izquierdareaccionaria.com/2013/09/roger-bartra-insurgencias-incongruentes/>
- BECERRA, R., WOLDENBERG J., SALAZAR P. (2000). *La mecánica del cambio político en México. Elecciones, partidos y reformas*. México: Cal y Arena.
- BIZEUL, D. (2003). *Avec ceux du FN: un sociologue au front national*. Paris: Broché.
- BOBBIO, N. (1992). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- BOURDIEU, P. (2000). *Propos sur le champ politique*. Presses Universitaires de Lyon (PUL).
- CAMP, R. (2006). *Las élites del poder político en México*. Siglo XXI.
- CANSINO, C. (2000). *La transición mexicana. 1977-2000*. México: Centro de Estudios de Política Comparada.
- _____. (2010). *La muerte de la ciencia política*. México: Porrúa.
- DABI, F. (2014). *Sondage Jour du Vote: profil des électeurs et clefs du scrutin européen —Elections européennes—*. IFOP, 25 mai. Recuperado de http://sitamnesty.files.wordpress.com/2014/05/sondage_ifop_jour_vote_profil_electeurs_elections_europeennes25mai2014.pdf
- DAHL, R. (1989). *La poliarquía. Participación y oposición*. Madrid: Tecnos.
- ESCALANTE, F. (1999). *La democracia mafiosa*. México: Reflexiones sobre el Cambio A.C.
- FASSIN, E. (2014). *Gauche, l'avenir d'une désillusion*. Paris: Textuel.
- GAUCHET, M. (2007). *La Démocratie d'une crise à l'autre*. Paris: Editions Cécile Defaut.
- GUILHOT, N., SCHMITTER, P. (2000). De la transition à la consolidation. Une lecture rétrospective des democratization studies. *Revue Française de Science Politique*, 50 (4-5).

- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, R. (1998). *Amistades, Compromisos y Lealtades: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*. El Colegio de México.
- KHIARI, S. (2006). *Pour une politique de la racaille: Immigré-e-s, indigènes et jeunes de banlieue*. Paris: Editions Textuel.
- _____. (2009). *La contre-révolution coloniale en France. De de Gaulle à Sarkozy*. Paris: La Fabrique.
- LACLAU, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- VAN KOTE, G. (Dir.). (2014). Le FN obtient ses meilleurs scores chez les jeunes et les ouvriers. *Le Monde*, 25 mai. Recuperado de http://www.lemonde.fr/politique/article/2014/05/25/le-fn-obtient-ses-meilleurs-scores-chez-les-jeunes-et-les-ouvriers_4425625_823448.html
- LECCEUR, E. (2003). *Un néo-populisme à la française. Trente ans de Front national*. Paris: La Découverte.
- LINDAU, J. (1992). *Los tecnócratas y la elite gobernante mexicana*. México: Joaquín Mortiz.
- MERINO, M. (2003). *La transición votada. Crítica a la interpretación del cambio político en México*. FCE.
- MITTERRAND, F. (1964). *Le coup d'Etat permanent*. Paris: Plon.
- MONZAT, R. (2004). *Les Voleurs d'avenir. Pourquoi l'extrême droite peut avoir de beaux jours devant elle*. Paris: Textuel.
- OBONO, D. Mouvements décoloniaux. Entretien avec Sadri Khiari. *Contretemps*. Recuperado de <http://www.contretemps.eu/interviews/mouvements-decoloniaux-entretien-sadri-khiari>
- O'DONNELL, G. (Coord.). (1986). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Barcelona: Paidós.
- OFFERLÉ, M. (2005). *Les partis politiques*. Paris: Broché.
- PERRINEAU, P. (Dir.). (2003). *Le Désenchantement démocratique*. Paris: Éditions de l'Aube.
- ROSANVALLON, P. (2006). *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*. Paris: Seuil.

SMITH, P. H. (1979). *Labyrinths of power. Political Recruitment in Twentieth-Century Mexico*. Princeton University Press.

_____. (2011). *Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective*. Nueva York: Oxford University Press.